

EL AMOR COMO TEMA DE LA ETERNIDAD EN LAS RIMAS DE TERESA DE UNAMUNO

En el año 1924 ocurren dos sucesos en la vida de don Miguel de Unamuno. Uno de trágica importancia, su destierro el 21 de febrero a la isla de Fuerteventura. Otro, la publicación de un libro de poemas titulado *Teresa. Rimas de un poeta desconocido, presentadas y presentado por Miguel de Unamuno*. Contiene este libro un "Prólogo" de Rubén Darío, una "Presentación", noventa y ocho rimas, una "Epístola", unas "Notas" que hacen referencia y explican ciertos aspectos de las rimas, y una "Despedida" en prosa. Aunque la fecha de publicación es de 1924, algunos de los poemas fueron escritos mucho antes, e incluso varios habían sido publicados en periódicos y revistas, o anticipados parcialmente en alguna carta personal. Más tarde son reunidos en el libro, al cual Unamuno gustaba referirse como "Mi Teresa", dándole así una nota íntima. Vemos pues, que la gestación de la obra data de varios años antes de su actual aparición. También es de notar que el libro no llegó a manos de su autor hasta la primavera de 1925, ya que la *Biblioteca Renacimiento*, que se ocupó de su distribución, probablemente tendría dificultad en vender y distribuir los libros de un exiliado, en su patria, como también conseguir que salieran del país.

No es necesario elaborar en el hondo sufrimiento que experimentó el escritor español en el destierro. Todo el que conozca la vida y obra de Unamuno sabe lo que fue, pero sí opinamos que su libro de poemas invita a un análisis más detenido que el que se le ha venido otorgando, pues ha sido frecuentemente ignorado, y menos comprendido. En las raras ocasiones en que se ha estudiado el tema, hemos visto que a menudo este estudio se ha concentrado en el lirismo producido por un hondo sentimiento humano ante la desgarradora tragedia de dos amantes separados por la muerte, y el anhelo de encontrarse eternamente juntos. Sin embargo, hay mucha más diversidad temática en estos poemas de la que salta a la vista. Un examen minucioso de algunos de ellos demostrará que los constantes problemas con que se enfrentaba el autor, la muerte y la eternidad, están muy presentes en los versos, así como otros temas de tono menor que pasaremos a revelar y discutir. En resumidas cuentas, no se trata aquí de un grupo de canciones amorosas solamente, introducidas por uno de los clichés más antiguos de la historia romántica, la mujer que se muere de consunción y el amante desesperado. Unamuno ha elegido precisamente

este tema vulgar para no quitar valor e interés a la verdadera importancia de su mensaje poético. En *Teresa* puso al descubierto no sólo su alma sentimental y la profundidad de sus castas pasiones físicas, sino también ciertos conflictos intelectuales que le atormentaban. Así quiso velar su intención con un tema bien trillado, y, por más, elegir otro poeta, Rafael, como protagonista y autor, para que hiciera las veces de su doble. Escribe Unamuno en las notas que acompañan a la obra: "Al escribir las notas de este libro manifesté que acaso no debí haberlas escrito, así como tampoco la Presentación que le precede, dejando que las Rimas, en su desnudez, dijeran por sí cuanto tienen que decir"¹.

Entre otras muchas cosas es *Teresa* una especie de homenaje a sí mismo, a su castidad varonil, a su fidelidad a un sólo amor. Refiriéndose a las rimas dice: "Las escribo en días de agitada historia patria, en que unos más que adultos señoritos, atolondrados mozos de canas, sin meollo en la sesera y obsesionados por la masculinidad física, por el erotismo de casino, se ponen a jugar a la política como podrían ponerse a jugar al tresillo, henchidos de frivolidad castrense" (*O. C.*, p. 464).

Teniendo esta cita presente, observamos el gran interés que ella tiene en relación a la connotativa política: la paz y tranquilidad de la fidelidad amorosa en las rimas, y en contraste, la prostitución de una España dirigida por unos "botarates jerárquicos", como llama don Miguel a los gobernantes españoles de los años veinte: "... la desesperanza que me invade al oír a cuatro botarates jerárquicos hablar de su *moral* y de su *doctrina* y proclamarse *casta*, le busco consuelo en la lectura y el arreglo de estas Rimas, que en las alas de las horas se alzan por encima de la pesadumbre del siglo, y dejo que pase la película de los héroes casineros. Cosas más eternas tengo a la vista" (*O. C.*, p. 465).

La polémica política es una inmensa preocupación para Unamuno. En sus ensayos políticos y religiosos, y especialmente en su poesía, entra de lleno "el hombre de carne y hueso, el que nace, sufre y muere", y el que pudo decir: "Que también yo, como mi Rafael, tengo mi meterótica, de que suelo hacer mi metapolítica" (*O. C.*, p. 24), añadiendo en otra ocasión:

Y allá, en mi España, mis amigos y mis enemigos decían que no soy un político, que no tengo temperamento de tal, y menos todavía de revolucionario, que debería consagrarme a escribir poemas y novelas y dejarme de políticas. ¡Como si hacer política fuese otra cosa que escribir poemas y como si escribir poemas no fuese otra manera de hacer política!

¡Poesía! ¡Divina poesía! ¡Consuelo que es toda la vida! Sí; la poesía es todo esto. Y es también la política².

¹ MIGUEL DE UNAMUNO: *Obras Completas* (Madrid, Editorial Aguilar, Tomo XIV), pág. 463. (De ahora en adelante se abreviará con las iniciales *O.C.* y la paginación correspondiente dentro del mismo texto del estudio).

² MIGUEL DE UNAMUNO: *Cómo se hace una novela* (Madrid, Alianza Editorial, 1968), págs. 137 y 164.

Sobre la inmensa importancia que él da en particular a la poesía y a los ensayos políticos, convendría citar sus propias palabras:

Hace unos días y hallándome en Valladolid, se habló de un joven médico, y hubo que decir: 'Además es poeta'. A lo que repliqué vivamente: 'Además, no. No se es poeta además. Diga usted más bien que además se es médico'. Y alguien después me preguntaba muy en serio si le doy tanta importancia a eso de la poesía. Y le dije: 'No puedo ni comprender ni tolerar a esos que dicen que hacen poesía por distraerse. Si yo no tuviera que escribir para ayudarme a vivir y a que viva mi familia, como oficio servil y mercenario, apenas escribiría sino artículos de combate, con un fin político, y poesía, pero poesía en verso. (O.C., pp. 13 y 14).

Pero tengamos en cuenta que no es la obvia temática de la relación amorosa la que más interés nos provoca en la lectura de las rimas, sino que el tema de la eternidad, entrelazado con la tradición y el amor como cosas perdurables, posiblemente resulten ser el centro temático primordial de la obra:

...y ya que Dios nos niega la fortuna
de ser mía Teresa y yo su hombre,
su tumba séanos bendita cuna
de la inmortalidad, ¿qué importa el nombre...?

.....
En 'Del amor', dijo Stendhal que el verso
fue inventado en favor de la memoria...

¡No! es la memoria misma; el universo
late por él y en el latir perdura
y se retrata en él nítido y terso.

El biello es con que la mies se apura
y se separa de la paja el grano,
y nos da lo que queda, encarnadura
del Amor que es eterno y soberano.

(O.C., pp. 431 y 432).

Miguel de Unamuno está íntimamente unido a su obra. Una intimidad fácil de comprender si se tiene en cuenta la enorme subjetividad que existe en ella. Particularmente notamos el sello unamuniano en su poesía, que representa, quizás más que ningún otro de sus escritos, el hondo sentimiento de todas las facetas que llevamos discutiendo: Rafael, a quien recordemos atribuye la creación de los poemas, es como un retrato simbólico del propio Unamuno en su juventud y madurez, "rimas de los veinte años" (O. C., p. 7), "Todo ser de ficción, todo personaje poético que crea un autor hace parte del autor mismo"³.

³ *Cómo se hace una novela*, pág. 128.

Rafael representa uno de los "ex-futuros" unamunianos a quienes es tan aficionado el autor, esto no lo podemos dudar, pues él mismo lo dice en su "Presentación" del libro cuando se refiere al creador de los poemas: "Era como si a más de la mitad del camino de la vida, traspuesto ya el puerto serrano que separa la soñana de la umbría y bajando la cuesta del ocaso hacia los campos de gamonas, hubiese topado con uno de mis yos ex-futuros, con uno de los míos que dejé al borde del sendero al pasar de los veinticinco" (*O. C.*, p. 267).

Unamuno quiere representarse en sus "ex-futuros". No es que quiera dejar de ser quien es, o que se arrepienta de haber sido él, o que quiera cambiar de personalidad, sino que querría haber sido otros muchos Unamunos, *además*, no *en lugar* de él. Así sus ex-futuros son como sus muchos espejos que no llegan a encarnarse, pero tan reales para su persona como si en realidad hubieran existido: "O sea que el que perdimos de ser al tomar en un momento de nuestra vida una resolución crítica, lo es otro; que nuestros otros yos ex-futuros, que fueron posibles, son los demás" (*O. C.*, p. 272), "... la expresión 'ex-futuro', que es algo así como el aborto espiritual, lo que dejó de ser lo que habría sido" (*O. C.*, p. 453). Son como sueños de su imaginación, y todo lo que pensamos es creación nuestra. Esta filosofía suya es semejante a la que emplea cuando considera a los hombres "sueños de Dios", y por lo tanto, "creación divina"⁴: "Te aseguro, lector, que este Rafael de Teresa, cuyas rimas te ofrezco, ha existido real y verdaderamente, así como la Teresa de Rafael" (*O. C.*, p. 271).

En la rima número setenta, Unamuno expresa perfectamente la congoja que sufría ante las múltiples divergencias vitales que hubieran sido posibles y que al no realizarse, habían resultado ser como muertes simultáneas de su misma personalidad:

Y al quedarme sin ti yo me decía:
 ¡Ex-futuro! ... es terrible
 que al nacernos a muerte a un nuevo día
 se nos muera el posible...

 ... que todo lo que nazca al nacer mata
 al que pudo haber sido...!
 Creí volverme loco de remate;
 me sentí sin sentido...

 ¡Ex-futuro! ¡ex-futuro! Es la tortura
 de la raíz del ser,
 ¡al insondable abismo de amargura
 del hijo de mujer!

(*O.C.*, p. 404)

⁴ MIGUEL DE UNAMUNO: *Niebla* (Madrid, Espasa Calpe, Colección Austral, 1968), pág. 154.

Existen varias semejanzas entre Unamuno y su creación Rafael, no sólo intelectuales, sino circunstanciales. Ambos se enamoran de una amiga de la infancia "con uno de esos amoríos que nacen como el alba, que se hace desde su comienzo costumbre del corazón y pasa a ser noviazgo" (*O. C.*, p. 268).

Muy a menudo cuando los poetas escriben poesía de amor, han tenido presentes o bien alguna mujer ideal o una real para convertir sus versos en algo más efectivo, o simplemente por el deseo de exteriorizar esta pasión. Cuando no, han cantado al amor erótico, se han convertido en ídólatras del dios Eros.

Considerando ahora la vida de Unamuno que tan relacionada está con su obra, vemos que se enamoró muy joven de la niña Concha quien pasó a ser su mujer, y que este amor fue el único de su vida. Así pues suponemos que Unamuno al escribir sus poemas de amor no tenía presente a ninguna mujer que no fuera la suya: "... yo también la he puesto expresamente en uno de mis últimos sonetos y tácitamente en todos"⁵.

Ahondando un poco más en su vida, vemos que con frecuencia se refería a su esposa Concha como su "costumbre". Al llamarla de este modo, no quería decir que la quería menos, sino que había llegado a representar su fiel amante y compañera de un amor tranquilo, feliz, sin que la desgracia y sufrimientos que ambos experimentaron en la vida alteraran sus relaciones, por el contrario se consolidaron. Pero Unamuno, el hombre contradictorio y agónico por excelencia, no se contentaba con su dulce amor, y recrea en su Concha, su "Teresa" de la juventud, su "ex-futura":

"Ex-futura..." —repetiste—, y con tristeza,
no una, varias veces;
de tu ingenio moribundo la agudeza
gustaba hasta las heces
de la extraña expresión la paradoja
y temblaste en tu silla
viendo caer del árbol una hoja
de otoño, ya amarilla.

(*O.C.*, p. 79)

Para él no hay amor sin dolor, así tiene que poetizar una tragedia amorosa con dos fines: uno, el triunfo del amor, otro, la eternidad que este triunfo representa:

No hay verdadero amor sino en el dolor, y en este mundo hay que escoger o el amor, que es el dolor, o la dicha. Y el amor no nos lleva a otra dicha que a las del amor mismo, y su trágico consuelo de esperanza incierta. Desde el momento en que el amor se hace dichoso, se satisface,

⁵ *Cómo se hace una novela*, pág. 128.

ya no desea y ya no es amor. Los satisfechos, los felices, no aman; *duérmense en la costumbre* (el subrayado es mío), rayana en el anodamiento. Acostumbrarse es ya empezar a no ser. El hombre es tanto más hombre, esto es, tanto más divino cuanto más capacidad para el sufrimiento, o mejor dicho para la congoja, tiene⁶.

Al morir Teresa, eterniza su amor en ella: "Porque para immortalizarse hay que amar y hay que morir. El acto carnal mismo es una pequeña muerte. Y si morir es des-nacer, nacer es des-morir" (*O. C.*, p. 83). Así Teresa pertenece a su ex-futuro Rafael, Concha a su presente, Miguel, y las dos representan distintas formas de eternidad. Una, el amor eternizado en la muerte, la otra, en lo perenne que tiene la costumbre y en la concepción de los hijos de los esposos:

Y sentí en mis entrañas tu llamada.
Canta al Amor, razón del Universo;
canta al Amor, que lo demás es nada,
y dame vida eterna con tu verso'.

(*O.C.*, p. 371)

Este es el anhelo; la sed de eternidad es lo que se llama amor entre los hombres; y quien a otro ama es que quiere eternizarse en él. Lo que no es eterno tampoco es real⁷.

... mi Concha, ... la madre de mis hijos, que es el símbolo vivo de mi España, de mis ensueños y de mi porvenir, porque es en esos hijos en quienes he de eternizarme...⁸

Intercalado en el tema de la muerte y la eternidad, entra el de "des-nacer", volver al vientre de la madre, para después nacer y vivir en la tierra, ésta como si fuera una madre de la vida física, de los sentidos, y más tarde sepultura como madre del futuro eterno, el perfecto círculo que no tiene comienzo, ni fin, que siempre fue:

Dejé al nacer el mundo sin linderos
de mi solera,
y vine aquí al olvido
de nuestra madre Tierra...
¡Dios mío, qué solos estamos los vivos!

(*O.C.*, p. 314)

⁶ MIGUEL DE UNAMUNO: *Del sentimiento trágico de la vida* (New York, Las Américas Publishing Co., sin fecha), pág. 181.

⁷ *Ibid.*, pág. 40.

⁸ *Cómo se hace una novela*, pág. 127.

.....
¡No te he llorado, no! En vez de lágrimas,
es rocío de sangre
roja y espesa que en ofrenda traigo
sobre la tierra madre.

(O.C., p. 311)

.....
Madre nuestra, que estás en la tierra,
y que tienes mi paz en tu reino,
¡ábreme ya tus brazos y acoge
mi vida en tu seno!

(O.C., p. 306)

.....
Y nos llevó el Amor con su señuelo...
tú te has hecho ya eterna;
pronto me harás eterno al lado tuyo.
Mi muerte, mi Teresa.

(O.C., p. 327)

Y las dos mujeres confundidas en una son para Unamuno a un tiempo una madre que *le* crea, y una esposa *con* quien crea, el símbolo de un círculo de existencia sempiterna:

Eres mi madre, Teresa,
por toda la eternidad;
cuando me miro en tu huesa
toco toda mi verdad.

.....
(O.C., p. 157)

Entonces descubrí todo lo que Dios hizo para mí en esta mujer, la madre de mis hijos, mi virgen madre, que no tiene otra novela que mi novela, ella, mi espejo de santa inconciencia divina, de eternidad.
(O.C., p. 365).

Muy precisamente en la rima cincuenta y dos se transparenta la terrible agonía de Unamuno, el deseo de ser eterno, el deseo de creer en un Dios que le garantice esta eternidad:

Acaso fue nuestra vida
nada más que un aletazo
del Señor, que en el regazo
del sueño nos enterró,
sollozo del Universo,
una arruga del torrente
que forma de Dios la mente
y que en ella se perdió.

Teresa, en la última cuna,
 la de madre tierra, pide
 que nunca Dios nos olvide
 lo que es vivir de verdad.
 Y que nos recuerde unidos
 como en la cruz los dos trazos,
 que es llevarnos en sus brazos
 por toda la eternidad.

(O.C., p. 365)

Su Rafael de Teresa muere algún tiempo después de su amada. Simbolizando así la muerte de este recreado ex-futuro, e insistiendo Unamuno en su natural creación de la fantasía de su cerebro y no de ninguna otra "absurda" psicología freudiana: "... y que se dirá que aparece aquí, en estas rimas, un Unamuno que se contuvo y contrajo a los veinte años. Mas yo le aseguraría que no es así, y que ese mi ex-futuro Unamuno se murió, si no fuera porque no creo —es decir, no quiero creer— en la muerte definitiva e irrevocable de ninguno de nuestros otros yos posibles" (O. C., p. 270).

Rafael, como su creador, no quiere morir: "Es que Rafael no quería morir, anhelaba vivir en su obra, no en su nombre. Lo que parece, como en él, amor a la muerte, suele ser un amor frenético y desenfrenado a la vida, amor que quiere dar vida a la muerte amor a la inmortalidad, a la resurrección" (O. C., pp. 272-273). Además Unamuno no se resigna a que muera tampoco. En su duda constante la posible "nada" le concede la muerte para quizás entregarle la inmortalidad, al mismo tiempo revelando su autor la terrible congoja que ésta representa para él: "Mi Rafael ha tenido que morir para poder inmortalizarse tal vez; pero la inmortalidad es más terrible aún que la muerte" (O. C., p. 290).

Las dudas espantosas y la angustia unamuniana están resumidas en la rima setenta donde Rafael ruega a su amada muerta que le convenza con su propia fe de la realidad de una inmortalidad para ambos:

Engáñame, engáñame, mi vida,
 y vuélveme a engañar;
 hazme creer que al fin de la partida
 nos hemos de encontrar.

(O.C., p. 390)

Nótese que dice "engáñame" mostrando la dificultad que experimenta en creer lo que no comprende, lo sobrenatural que tanto anhela al mismo tiempo. Unamuno sentía una angustia muy profunda al haber perdido su fe de niño que le proveía con todas las ilusiones religiosas que deseaba,

así quiere volver a ella, y de ahí la paradoja en sus versos cuando primero pide el engaño y acto seguido se quiere convencer de una supuesta verdad:

¿Y si no me engañaras, mi tesoro?
 ¿si volviera a nacer?
 ¿si en una esquina del celeste coro
 llegáramos a ser
 lo que si hubiera por merced querido
 lo que no quiso Dios
 seríamos, en un eterno nido
 por siempre uno los dos?

para volver a su antigua duda:

Engáñame, mi amor, mas sin que sepa
 que engañándome estás;
 hazme creer que para aquel que trepa
 con fe, una cumbre más
 hay siempre tras la cumbre de subida,
 que es eterno el subir;
 hazme creer que no muere la vida
 y que muere el morir.

Termina dudando incluso del "Amor" que ha constituido hasta ahora su único lazo personal y perpetuo. Inmediatamente cambia y ruega a Dios que en la fusión de sus almas vivan los dos unidos en un acto eterno, así volviendo a acapararse de la esperanza para sí mismo que tanto desea y sin la cual ni quiere, ni puede vivir:

Si ella no ha muerto en mí ¿es que en ella
 habré muerto, Señor?
 ¿es que se borra al cabo toda huella
 del vuelo del Amor?

Y aunque así sea guarda este mi grito
 dentro de ti, Señor,
 y que lleve al confín del infinito
 el alma de las almas de los dos...!

(O.C., p. 390)

Deducimos pues, que Unamuno no quiso poetizar el amor o a la mujer amada exclusivamente, sino que va mucho más allá de este sencillo tema poético. Su ansia de ser siempre le llevó a tratar de encontrarse por el camino que sabía más seguro: el Amor. A través de su vida, perdió, recobró, volvió a perder la fe, nunca podremos saber si al final creyó firmemente; probablemente sus dudas le atormentaron hasta el último instante de su vida. Fue injustamente destituido de su cargo de rector de la Uni-

versidad de Salamanca; exiliado de España por seis años, vuelta triunfante a su país a la caída del gobierno que le exilió, recobrando su puesto de rector, para que después se le destituyera otra vez. Criticado, halagado, admirado, despreciado. Su vida fue un constante tumulto y contradicción externos e internos, pero en ella lo único que perduró fue el amor a su esposa Concha. Comprendemos pues, que Unamuno considerara éste como único absoluto, perpetuizado en la vida y así en la muerte. El amor concibe, da aliciente a la vida, el amor no muere después de una muerte física. Dicen las Sagradas Escrituras que por amor creó Dios al hombre y que por él sacrificó a su hijo "el Cristo", a quien tanto aludía don Miguel, y según la creencia cristiana, resucitó también por amor, para darnos la vida eterna.

Unamuno, el gran agnóstico de la muerte perpetua, recreó el amor en sus versos para darse eternidad en ellos, para traspasar el morir. Fue el más completo símbolo de fe y esperanza de una trayectoria llena de agónicas dudas.

MORAIMA DE SEMPRÚN DONAHUE

Assistant Professor of Spanish Literature

Howard University

Washington D.C.